

GUAYASAMIN

TORIA GNTICA  
GE

HISTORIA DE  
AMERICA LATINA

I. America Latina colonial: La America precolombina y la conquista

Leslie Bethell, ed.

7

Itzá y Uxmal. La influencia toltteca fue tan intensa allí, que en el postclásico de Chichén-Itzá se construyeron pirámides y otros templos y palacios que imitaban a los de la metrópoli de Tula. Sin embargo, ni la nueva sangre ni los elementos culturales que habían llegado a la Meseta Central de México produjeron un renacimiento en el mundo maya. Su destino era sobrevenir, pero sin esplendor, hasta los días de la conquista española, que en Guatemala se consumó en 1525 y en Yucatán en 1546. El abandono final de Tula, como había sucedido antes con el derrumbamiento de Teotihuacán, facilitó la entrada en el valle de México de grupos procedentes del otro lado de la frontera norte de Mesoamérica. En este tiempo, los «bárbaros» chichimecos fueron los primeros que penetraron en los que habían sido dominios de los tolttecas. Diversos textos nativos describen lo sucedido. Los chichimecos, cuando intentaron tomar posesión de los ricos territorios abandonados, se enfrentaron a algunos grupos y familias tolttecas que todavía permanecían allí. Aunque los primeros contactos no fueron nada amistosos, poco a poco las cosas fueron mejorando. Varias fuentes documentales indican la existencia de procesos de aculturación.<sup>3</sup> Los recolectores y cazadores empezaron a establecerse en las cercanías de las antiguas ciudades tolttecas. Los chichimecos dominaron desde el punto de vista político y militar. Sin embargo, la alta cultura toltteca influyó sobre ellos profundamente. Al principio de mala gana y con complacencia más tarde, los chichimecos aceptaron la agricultura, la vida urbana, la religión toltteca, el calendario y el arte de escribir.

A finales del siglo XIII, existían nuevos estados o señoríos en México Central. Algunos eran resultado de una especie de renacimiento de las ciudades tolttecas, o incluso de origen teotihuacano. Otros eran estrictamente nuevas entidades en las que las culturas de chichimecos y tolttecas se habían mezclado. Esta era la situación en el interior del valle de México y en sus inmediaciones, cuando llegaron otros grupos procedentes del norte. Por entonces, los recién venidos no hablaban la lengua de los chichimecos, sino el náhuatl, que habían hablado los tolttecas y buen número de teotihuacanos. Los distintos grupos nahuas —las llamadas «Siete Tribus»— recordaban, en algunos aspectos culturales, a los tolttecas que habían vivido anteriormente en los puestos de avanzada, en la frontera septentrional de Mesoamérica. Los textos que algunos de ellos nos han legado, como los tlaxcalinos y los mexicas (aztecas), repiten frecuentemente: «[Nosotros] estamos regresando del norte, volvemos a donde solíamos vivir».

La penetración azteca, o, como se suele calificar, su «peregrinaje», tuvo que superar numerosos obstáculos. Muchos fueron los apuros, las persecuciones, los ataques y demás adversidades a las que tuvieron que hacer frente antes de instalarse finalmente en la isla de Tenochtitlan, en la región de lagos que cubrían gran parte del valle de México. Esto sucedió, de acuerdo con varias fuentes, en 1325.

LOS MEXICAS (AZTECAS)

Una de las realizaciones más notables de los mexicas, en el cenit de su evolución política y cultural (unos 60 años antes del contacto con los europeos), fue for-

3. Véase Miguel León-Portilla, «La aculturación de los Chichimecos de Xólotl», *Estudios de Cultura Nahuatl*, Universidad Nacional de México, vol. VII, 1968, pp. 59-86.

¡arse una imagen de sus propios orígenes, su desarrollo e identidad. Alrededor del 1430, su soberano, el rey Itz'coatl, ordenó que se quemaran todos los libros antiguos, tanto los anales como los libros de contenido religioso, debido a que: «No es necesario que el pueblo conozca estos escritos: el gobierno sería difamado, y sólo servirían para difundir la hechicería porque contienen muchas falsedades». En su lugar se desarrolló e impulsó una nueva tradición que transmitía una imagen del pasado que se ajustaba a las necesidades e ideales del grupo, cuyo dominio estaba en proceso de rápida expansión. Consultando las fuentes de origen mexicana, podemos reconstruir la nueva imagen que presentaba su elite.

Los mexicanos son explícitos acerca de la clase de existencia que tenían que soportar en Aztlan Chicomóztoc, el lugar de donde decían ser originarios. Sus descripciones revelan que, en Aztlan (o de cualquier forma, antes de su entrada en el valle de México), poseían numerosos rasgos de la cultura mesoamericana (una afirmación que confirman los datos arqueológicos). Un factor importante es que, en su lugar de origen, estaban sometidos a un grupo dominante. Describen ellos a dicho grupo como el de los *tlatoque* (gobernantes) y *pipiltin* (nobles) de Aztlan Chicomóztoc. Los mexicanos se refieren a ellos mismos como *macehuatl* (plebeyos, con la connotación de siervos). Estaban ellos obligados a trabajar para los *tlatoque* y a pagarles tributos. Los mexicanos abandonaron Aztlan Chicomóztoc y a sus antiguos gobernantes por que ya estaban cansados de ellos. El sacerdote Huitzilopochtli tuvo que comunicarle que su dios Tezahuil Teotl (una manifestación de Tezcatlipoca, el Espejo Humaneante) les había buscado un lugar privilegiado. La intención era liberar a «su pueblo» de la opresión y darles la prosperidad. El dios habla anunciando que «allí [en el lugar prometido] os convertiré en pipiltin y tlatoque de todos los que habitan la tierra... Vuestros macehuatl os pagarán tributos». Tan simple como parece, los relatos y pinturas mexicas describen cómo, poco a poco, la profecía se cumplió. El sacerdote a través del cual el dios habló, se dirigió a sí mismo. Los atributos que Huitzilopochtli y Tezcatlipoca muestran una sorprendente similitud iconográfica como, por ejemplo, en las representaciones halladas en los códices Borbónico y Matritense. Se desarrolló un ciclo completo de cantos y mitos, que evocaban las proezas de Huitzilopochtli, desde el anuncio de su nacimiento, su victoria sobre los Cuatrocientos Guerreros del Sur, haberse apropiado de los destinos de ellos en favor de su pueblo, su identificación con el Sol, entendido como el «Dador de la Vida». Las realidades hicieron verdaderas las profecías. Y ya que el destino de los mexicanos estaba intrínsecamente vinculado al de su dios, anunciaban lo que sería el futuro del «pueblo escogido».

Los mexicanos cuentan cómo en Aztlan Chicomóztoc, y durante su deambular en busca de la tierra prometida, eran en extremo pobres. En Aztlan se dedicaban a la agricultura para beneficio de otros. Más tarde, vivieron como recolectores y caza-

4. A. M. Garbay y M. León-Portilla, eds., *Codex Matritensis*, México, 1958-1969, 4 vols., fol. 192 v.
5. Cristóbal del Castillo, *Fragmentos de la obra general sobre historia de los mexicanos*, Florencia, 1908.
6. Véase *Florentine Codex* (en adelante citado como FC), 12 vols., Santa Fe, N.M., 1950-1982, Libro III, cap. I. (Hay traducción castellana: fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Madrid, 1988, p. 202).

dores. Sólo ocasionalmente interrumpían su peregrinaje para cultivar algunas tierras. Los mexicas siguieron a sus guías (sacerdotes y jefes). Formaban grupos que recibían el nombre de *capulli* (*calli*: casa; *capulli*: gran casa, en el sentido de «la gente que pertenece a la misma casa»). Quizá —aunque esto no se haya demostrado— se trataba de grupos de familias relacionadas por vínculos de parentesco. Una de las crónicas indígenas dice que, al principio, había siete *capulli* mexicas.<sup>7</sup> Otras aseguran que todas sumaban unas 10.000 personas.<sup>8</sup> Sus leyendas refieren que el dios Huitzilopochtli, al hacerles promesas, dio su palabra de proteger a los que pertenecían a las «casas» (*capulli*), los que tenían vínculos de sangre: «uestros hijos, uestros nietos, uestros biznietos, uestros hermanos, uestros descendientes». En contra de las dudas expresadas por algunos estudiosos, la tradición persiste en la idea que, tanto en aquel pasado remoto como en el presente (inmediatamente después de la conquista española), los miembros de un *capulli* tenían una ascendencia común.<sup>10</sup> La tradición oral y los libros indígenas coinciden ampliamente en numerosas anecdotas sobre las muchas penalidades que los *capulli* de los mexicas tuvieron que superar, guiados por sus sacerdotes y guerreros. De vez en cuando, algunos mexicas desobedecían los mandatos de Huitzilopochtli, con consecuencias desastrosas. Seguir el consejo divino tenía como resultado el cumplimiento de sus promesas.

Los mexicas (según su propia versión del pasado) parecen disfrutar describiéndose a sí mismos como un pueblo que, en esa época, no era estimado por otro alguno. Por su parte, ya creían tener un destino único. Entre otras cosas, ellos mismos se representaban aceptando con veneración esas formas de gobierno que tenían un origen divino, vinculado directamente con el sumo sacerdote de los toltecas, Quetzalcóatl. Otros grupos anteriores o contemporáneos de los mexicas se habían dado cuenta de la importancia (religiosa y política) de recibir la investidura del poder de una fuente común de origen tolteca. Así, varios pueblos del México Central y de lugares situados en regiones tan distantes como Oaxaca, Guatemala y Yucatán, habían recibido las insignias del gobierno de manos del «Señor del Oriente», uno de los títulos de Quetzalcóatl.<sup>11</sup> Naturalmente, los mexicas ya establecidos en su isla prometida, decidieron seguir el consejo de sus antiguos guías y relacionarse ellos mismos con Quetzalcóatl y la nobleza tolteca. La nobleza mexicana comenzó a través de un descendiente de los toltecas-culhuacanos, el señor Acamapichtli. El y otros *pipilim* de Culhuacán se casaron con las hijas de antiguos sacerdotes y guerreros mexicas. Otros miembros de las familias que habían conducido a los mexicas se incorporaron también al grupo escogido. Cuando los padres de familia del estrato de los nobles (*pipilim*) aconsejaban a sus hijos con sus discursos (*huehuetlatotli*), les recordaban su origen insistentemente: descendían de los toltecas y, en último término, de Quetzalcóatl.

De este modo, las tradiciones y los libros de los mexicas propagaron esta su «ver-

7. Fernando Alvarado Texozómoc, *Crónica Mexicáyotl*, México, 1972, pp. 22-27.
8. Diego Chimalpahin Cuauhtémoc, *Segunda Relación*, reproducción facsimil en *Corpus Codicum Americanum Medii Aevi*, Ernst Mengin, ed., Copenhague, 1949, III, fol. 28 r.
9. C. del Castillo, *Fragmentos*, pp. 66-67.
10. Alonso de Zorita, *Breve y Sumaria Relación*, México, 1942, p. 36.
11. Véase, entre otros, los casos registrados en *Anales de Cuauhtlilan en el Codice Chimalpopoca*, México, 1975, fol. 10-11; *Popol Vuh*, trad. de A. Recinos, México, 1953, pp. 218-219; *Anales de los Cakchiquetes*, trad. de A. Recinos, México, 1950, pp. 67-68; Caso, *Reyes y Reinos de la Mixteca*, I, pp. 81-82.

dadera imagen». En esa época, la vida de la nación azteca estaba transformándose; muchos pueblos pagaban tributo a los tlatoque y pipiltin de Tenochtitlan; la profecía de Huitzilopochtli se había cumplido; entre los descendientes de quienes habían sido «plebeyos y siervos» en Aztlan Chicómóctoc, salieron después los tlatoque y pipiltin mexicas. Todo esto lo reflejan la tradición oral, los libros, poemas y discursos de los ancianos.

Ahora veremos cómo cabe comparar esta «verdadera imagen» con lo que podemos descubrir acerca de la historia, la política, la economía, la sociedad y la cultura de los mexicas (aztecas) durante el último capítulo de su existencia autónoma, a partir de las fuentes arqueológicas, etnohistóricas, lingüísticas y otros documentos disponibles.

Hacia 1390 murió Acamapichtli, el primer soberano (*huey natoni*) de linaje toteca y fundador de la casa real de los *tlato-pipiltin*, los «preciados nobles». Acamapichtli y sus sucesores inmediatos, Huitzihuitl (1390-1415) y Chimalpopoca (1415-1426), todavía estuvieron sometidos a los tepanecas de Azcapotzalco, un señorio en el que gentes de Teotihuacan, descendientes de toltecas y chichimecas, se habían mezclado y que, en esa época, ejercían su hegemonía en la meseta central. La isla de Tenochtitlan, donde los mexicas se habían establecido, había pertenecido a los tepanecas. De hecho, durante más de un siglo —desde su llegada en 1325— los mexicas habían pagado tributo y realizado servicios personales para Azcapotzalco.

En 1426 murió Chimalpopoca, probablemente asesinado por los tepanecas. A partir de ese tiempo más tarde, estalló la guerra entre tepanecas y mexicas. Estos últimos triunfaron gracias a la ayuda de varios pueblos que también estaban sometidos a Azcapotzalco. La «verdadera imagen» subraya, en este aspecto, un episodio extraordinario: cuando los tepanecas habían iniciado las hostilidades, la mayor parte del pueblo mexica, sobre todo los macehuallin o plebeyos, insistían en que era mejor rendirse. Como respuesta, los pipiltin hicieron un trato. Si no eran capaces de vencer a Azcapotzalco, obedecerían a los macehuallin eternamente. Pero, si los pipiltin lograban vencer a los tepanecas, los macehuallin les obedecerían ciegamente.<sup>12</sup> La victoria sobre los tepanecas hacia 1430 hizo que se sentaran las bases para realizar el *status* político y socioeconómico de los pipiltin mexicas.

La victoria significó además la total independencia del señorío mexica y el punto de partida de sus realizaciones futuras. Itzcóatl (1426-1440), ayudado por su hermano, «el viejo» (1440-1469), consolidó el poder y dio renombre al pueblo de Huitzilopochtli. Bajo el reinado de Axayácatl (1469-1484), Tzoc (1481-1485), Ahuizotl (1486-1502) y Moctezuma II (1502-1520) el dominio azteca se extendió todavía más lejos. El extraordinario fortalecimiento de su poder militar, junto con la convicción de su propio destino, tuvo como resultado una continua expansión política y económica. Numerosos señoríos habitados por pueblos de diferentes lenguas, entre otros los totonacas y huastecas, en los actuales estados de Puebla y Veracruz, y los mixtecas y zapotecas en Oaxaca, fueron sometidos en varias maneras por los

12. Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, A. M. Garbay, ed., 2 vols., México, 1967, vol. I, pp. 65-75.

aztecas. De sus formas organizadas de comercio se derivó la creciente prosperidad del «imperio» de los mexicas.

La sólida estructura económica de la política de los mexicas, que se había formado esencialmente a fines del gobierno de Moctezuma I (hacia 1460), ha sido objeto de varias interpretaciones divergentes. La mayoría de los cronistas españoles (e historiadores del siglo XIX, como Prescott, Bancroft, Ramírez, y Orozco y Berra) han aceptado que la sociedad mexicana era en muchos sentidos similar a la de los reinos de la Europa feudal. Así, para describirla, no dudaron en usar términos como: señores, sacerdotes y príncipes; corte real, hidalgos y cortesanos; magistrados, senadores, cónsules, sacerdotes y pontífices; miembros de la aristocracia, nobles de alto y bajo rango, terratenientes, plebeyos, siervos y esclavos. Lewis H. Morgan inició un revisionismo crítico, a partir de las ideas expresadas en su conocida obra *Ancient Society* (1877).

La organización azteca —escrita— era claramente una confederación de tribus indias, antes de la llegada de los españoles. Nada, excepto la más tosca alteración de los hechos, pudo permitir a los escritores españoles la invención de la monarquía azteca, a partir de lo que era una organización democrática... [Los cronistas españoles] inventaron descaradamente una monarquía para los aztecas, con características intencionalmente feudales... Esta equivocación ha permanecido, a través de la indolencia americana, tanto tiempo como se lo merece.<sup>15</sup>

Las ideas de Morgan, aceptadas y difundidas por Adolph F. Bandelier (1878-1880), ejercieron una profunda influencia. La mayoría de los investigadores aceptaron que los mexicas y otros pueblos que habitaron el sur de México y América Central no tenían clases sociales diferenciadas y no habrían desarrollado formas de organización política, como reinos u otras variedades de estado. Se aceptó así que los pueblos mesoamericanos eran simplemente grupos relacionados por vínculos sanguíneos (varios tipos de «tribus» o «clanes»), algunas veces unidos en confederaciones. Medio siglo más tarde, un estudio más serio de las fuentes indígenas, con frecuencia desconocidas antes, llevó a un nuevo revisionismo. Manuel M. Moreno, Arturo Monzón, Paul Kirchhoff, Alfonso Caso, Friedrich Katz y otros llegaron a unas conclusiones que coinciden en los siguientes puntos: los macchualin, agrupados en capullí, constituyeron organizaciones sociales con vínculos de parentesco; su *stratificación* socioeconómica difiere tan radicalmente del de los pipiltin que hay que aceptar la existencia de clases sociales; entre las muchas distinciones que prevalecían entre los macchualin y los pipiltin, una, muy importante, se refiere a la posesión de la tierra. Tan sólo los pipiltin podían ser propietarios de ella. Además hubo de reconocerse la existencia de un auténtico estado (especie de reino) en la organización política de los mexicas.

La aceptación general de estas conclusiones hizo que se consideraran durante algún tiempo como si se hubiera tocado suelo firme, en lo que concierne al carácter de las estructuras sociales y económicas de los mexicas. Sin embargo, las recientes investigaciones de Pedro Carrasco y otros, realizadas en un marco teórico marxista y utilizando el concepto de «modo de producción asiático» como clave analítica,

13. Lewis H. Morgan, «Montezuma's Dinner», *American Review* (abril, 1876), p. 308.

han cuestionado muchas de las conclusiones generalmente aceptadas. En definitiva, se sostiene que esas sociedades se basaban en primitivas aldeas comunales que poseían y trabajaban la tierra de un modo colectivo. Perfidicamente, que se apropiaba el valor excedente y distribuía arbitrariamente el usufructo de la tierra entre sus propios miembros, de acuerdo con su cargo. Y como se postula que no existía una propiedad privada de la tierra, surge la duda, en cuanto al uso del concepto de clase. Se prefieren así los términos de «estratos» o «sectores». El pueblo, o los estratos dominados, continuaron integrándose en los organismos comunales, trabajando la tierra para subsistir, y sosteniendo las demandas crecientes del grupo dominante. Estos justificarían su existencia rigiendo al pueblo, y dirigiendo la realización de trabajos públicos que eran impuestos, principalmente la construcción de centros urbanos, caminos y obras de regadío.

El punto central en el debate sobre la naturaleza y la estructura de la sociedad y la economía mexicas es el status y las realizaciones del grupo gobernante, los pipiltin, una vez que se impusieron, no sólo en Tenochtitlan, sino en una amplia zona de Mesoamérica. Los pipiltin consideraban que estaban predestinados por su dios para liberar a su pueblo (las antiguas entidades comunales de aldeanos antes sometidos a los tlaloque y a otros pipiltin en Aztlán Chichomótluc). Un ejemplo de esto se puede derivar de los textos del *Huehuetlatotli* («la palabra antigua»). Estas son las palabras de un anciano dignatario que, dirigiéndose a los habitantes de la ciudad, respondía a un discurso del soberano:

¡Oh, serentísimo y humanísimo señor nuestro! Aquí ya ha oído vuestro pueblo y vuestros vasallos aquí ya han notado las palabras muy preciosas y muy dignas de ser encomendadas a la memoria, que por vuestra boca han salido y nuestro señor Dios os ha dado... Aquí yam recibido todos los principales y nobles y generosos que aquí están, preciosos como piedras preciosas y hijos y descendientes de señores y reyes y señores, y hijos y criados de nuestro señor y hijo Quetzalcóatl, los cuales los tiempos pasados regieron y gobernaron el imperio y señores, y para esto nacieron señalados y elegidos de nuestro señor y hijo Quetzalcóatl...<sup>14</sup>

Dentro del grupo dominante, existían varios rangos, posiciones y títulos: los tlazo-pipiltin, «precitados nobles», eran los descendientes de los que habían sido los gobernantes supremos. De entre este grupo selecto eran escogidos los muy datotl. Los pipiltin (no en sentido genérico, como se utilizó antes, sino como una designación específica) eran los relacionados en otros sentidos (no como descendientes directos) con el mismo grupo gobernante. También pretendían ellos un linaje de origen toltéca. Los *cuauh-pipiltin*, «nobles águilas», eran individuos asimilados de alguna manera por el grupo dominante (un indicio de «movilidad social»), a causa de sus actos, principalmente en las batallas. Los *tequihuaque* (traducido por Alonzo de Zorita como «hidalgos»), eran los hijos de los que desempeñaban importantes funciones administrativas, como los *teuacchin* (señores), algunos de ellos pipiltin y otros, miembros distinguidos de un calpulli.

Los pipiltin eran sumamente conscientes de estas diferencias de rango entre ellos

14. FC, Libro VI, cap. 16. (Trad. cast. cit., vol. I, pp. 361-362.)



mismos, y de los posibles cargos que se les podían conceder en la administración política y económica del estado mexica. Esto se refleja en el siguiente fragmento de un discurso dirigido por un noble a su hijo:

Ya sabes, hijo mío, bien tienes en la memoria que el señor es como corazón del pueblo. A éste le ayudaban dos senadores para lo que toca al regimiento del pueblo: uno de ellos era *pilli* y otro era criado en las guerras. El uno de ellos se llamaba *tlacotecuhli* y el otro *tlacochtecuhtli*. Otros dos capitanes ayudaban al señor para en las cosas de la milicia: el uno de ellos era *pilli* [y el otro] criado en la guerra, aunque no era *pilli*; el uno de ellos se llamaba *tlacateccali*, y el otro se llamaba *tlacochcalcali*. Desta manera, hijo mío, va el regimiento de la república. Y estos cuatro ya dichos, *tlacotecuhli* y *tlacochtecuhtli* y *tlacateccali* y *tlacochcalcali*, no tenían estos nombres y estos oficios por heredad o propiedad, sino que eran electos por la inspiración de nuestro señor, porque eran más hábiles para ellos.<sup>15</sup>

Cuando Moctezuma I comenzó su reinado, los mexicas y sus aliados ya eran los señores en un amplio territorio que abarcaba la mayor parte de la Meseta Central. Para hacer frente a la nueva situación se amplió la organización política para que fuese más efectiva. Mucho más que en el pasado, los *huey tlatoani* (gobernantes supremos) llegaron a posesionarse del poder absoluto y supremo. Aunque a Moctezuma se le consideraba como la representación divina sobre la tierra, no era tenido como una reencarnación o descendiente de un dios. Era el jefe del ejército y pontífice religioso, así como el supremo juez y señor, a quien nadie osaba contradecir. Desempeñaba su supremo papel por elección, no por sucesión hereditaria. La elección del *huey tlatoani* era la obligación y el privilegio de un número limitado de *pilli*. Estos representaban a la antigua nobleza que había recibido la solemne promesa de obediencia por parte de los plebeyos cuando estuvieron en peligro de ser aniquilados por los tepanecas. La elección del señor supremo era obligación y privilegio de un número limitado de *pilli*. Los electores examinaban cuidadosamente los atributos personales del candidato. No hacían una verdadera votación, ya que tenían por objeto lograr una decisión unánime, para lo cual dedicaban varios días consultando a distintas personas y deliberando entre ellos mismos. Finalmente, llegaban al momento en que aceptaban a quien, incluso aunque pudiera ser superado por otros en algunos aspectos, satisfacía mejor los distintos intereses, y podía considerarse adecuado para ser el jefe de toda la nación.<sup>16</sup> Desde Moctezuma I hasta la invasión española todos los *huey tlatoani* se elegían por este procedimiento, cuyos vestigios — en la opinión de algunos investigadores — persisten todavía en las elecciones presidenciales del México actual.

Posiblemente, como una imagen de la creencia en un supremo dios dual, Ometeotl, la función del soberano se complementaba con la de un ayudante y consejero, el *tlahuacóatl*. Aunque el significado más claro del término es «la mujer serpiente», también puede entenderse como «la mujer gemela». Las obligaciones más importantes del *tlahuacóatl* eran sustituir al soberano durante su ausencia o muerte y presidir el consejo de electores y el tribunal supremo.

15. FC, libro VI, cap. 20. (Trad. cast. cit., vol. I, p. 377.)  
16. Véase la descripción detallada de este «proceso electoral» en FC, libro VIII, cap. 18. (Trad. cast. cit., vol. II, pp. 493-534.)

Otros destacados dignatarios eran el *tlacochealcá* («señor de la casa de las lan- zas») y el *tlacateccá* («jefe de los guerreros»). El dualismo aparecía asimismo en los dos jueces principales, los dos sumos sacerdotes y los dos guardianes del tesoro de la nación. Todos estos dignatarios presidían sus correspondientes altos consejos y participaban en el consejo supremo presidido por el *huey tlatoani* o su sustituto, el *cihuacóatl*.

En todas las ciudades, tanto en las de los mexicas y sus aliados (Tezcoco y Tlacopan), como en las conquistadas, había gobernadores nombrados por el soberano. Eran los *tlatoque* (plural de *tlatoani*). En algunos casos, el soberano enviaba a uno de los *pipiltin* desde la metrópoli azteca para ejercer de gobernador de un señorío sometido. En otros casos, se autorizaba al anterior gobernante de las ciudades conquistadas, a continuar después de haber hecho solemnemente promesa de obediencia.

Para administrar algunos *calpultli*, el *tlatoani* supremo nombraba a unos oficiales conocidos como *teuctin*. Como ya se ha dicho, frecuentemente eran *pipiltin*. En otra época, no siendo nobles, estaban al servicio de las familias de *pipiltin*. El grupo de unidades de producción administradas por un *teuctli* se conocía como un *teccalli* («la casa de los de palacio»), es decir, quienes eran nombrados por el *huey tlatoani*. Los deberes de los *teuctin* eran muy importantes. Eran responsables de la producción en cada unidad socioeconómica que se les «confiaba». Su producción, además de mantener a los *macehuatl* que trabajaban la tierra, tenía que proporcionar los tributos para los *pipiltin* y, por último, también al *huey tlatoani*.

Los cargos administrativos más importantes estaban reservados a los *pipiltin*, a quienes se les otorgaban títulos y la posesión y el usufructo de las tierras. Los *pipiltin* no pagaban tributo. Podían alquilar tantos *mayeques* («trabajadores») para cultivar la tierra, como fueran necesarios. A algunos de los *pipiltin* se confiaban también las *teccalli*, que incluían la tierra y los *macehuatl* que la trabajaban. Los miembros del grupo dominante podían tener tantas esposas como pudieran mantener, y otros privilegios, como insignias y vestuarios especiales, formas de diversión e incluso algunas variedades de comidas y bebidas más variadas y finas. Por último, estaban sujetos únicamente a la jurisdicción de tribunales especiales.

Los hijos de los *pipiltin* asistían a los *calmécac* o «centros de enseñanza superior». Allí, se conservaba, aumentaba y transmitía el saber antiguo. Ingresaban y pasaban varios años preparándose para los cargos que se consideraban como una parte obligada de su destino. Los textos indígenas nos relatan lo que se enseñaba en los *calmécac*. Los jóvenes *pipiltin* aprendían formas elegantes de lenguaje, himnos antiguos, poemas y relatos históricos, doctrinas religiosas, el calendario, astronomía, astrología, preceptos legales y el arte de gobernar. Cuando los jóvenes nobles dejaban el *calmécac*, estaban preparados para desempeñar un papel activo en la administración pública.

La educación recibida en la casa y en los *calmécac*, junto con la experiencia adquirida como miembros del grupo dominante, incluía en los *pipiltin* un gran sentido de responsabilidad y dignidad. Algunos fragmentos del *Huelhuetlatotli* nos indican lo conscientes que eran los *pipiltin* de su status. El padre dice a su hijo:

Mira a tus parientes y a tus afines, que no tienen ser ninguno en la república... Y aunque seas noble y generoso y de claro linaje, conviene que tengas delante tus

ojos como has de vivir. Nota, hijo, que la humildad y el abraxamiento de cuerpo y del alma, y el lloro y las lágrimas, y el suspirar. Esta es la nobleza y el valer y la honra ...<sup>17</sup>

La actitud de los pipiltin hacia los macchualtin aparece con frecuencia en estos discursos. En una anécdota sobre uno que abusaba de la bebida, encontramos lo siguiente: «Por ventura dirán: 'Gran bellaquería ha hecho éste.' 'Y aunque seas noble y del palacio, ¿dejarán de decir de tí? Aunque seas generoso y ilustre? No, por cierto». O bien, aconsejando a una noble hija, solían decirse palabras como éstas: «Nota, hija mía, quérote declarar lo que digo: sábec que eres noble y generosa...; mira que no avergüences y atreñdes a nuestros antepasados, señores y señadores; mira que no hagas alguna vileza; mira que no te hagas persona vil, pues que eres noble y generosa». Frácticamente en todos los aspectos de la conducta que se esperaba de los que tenían noble linaje se insiste en la misma comparación: «Conviene que hables con mucho asosiego; ni hables apresoradamente ni con desasosiego, ni alices la voz, porque no se diga de tí que eres vocinclero y desentonado, o bobo o alocado o rústico ...».<sup>18</sup>

El tema de los pipiltin y la propiedad de la tierra es particularmente complejo y controvertido. La primera distribución de la tierra que los mexicas hicieron fue inmediatamente después de su victoria sobre los tepanecas de Azcapotzalco alrededor del 1430. El registro histórico de ella resulta de especial interés:

Los primeros a quienes se asignaron las tierras fueron los de la casa real; las tierras que pertenecían a los caciques, destinadas al mantenimiento del soberano ... Once parcelas de tierra se daban al consejero del soberano, Tlacaelel; y también dos o tres parcelas eran concedidas a los distintos pipiltin, en proporción a sus méritos y cargos ...<sup>19</sup>

A través de otras fuentes conocemos la designación náhuatl de las diversas tierras repartidas: *tlatoacatlalli*, «tierras del soberano»; *pil + tlalli (piltalli)*, «tierra de los pipiltin». Estrictamente relacionadas con las tlatoacatlalli, había otras tierras especialmente reservadas para cubrir los gastos de palacio (*tecpantlalli*), de los templos (*teopanlalli*) y de las guerras (*yaotlalli*). Las tierras que se poseían de una forma comunal por los calpuli, comprendidos los macchualtin, se conocían como *calpuli + tlalli (calpultlalli)*.

¿Había tierras que el soberano y los pipiltin tenían en propiedad privada, o simplemente las poseían como privilegios que estaban asociados a sus cargos particulares? Quiénes sigan a Morgan y Baudeliet sostienen que todas las tierras sencillamente pertenecían a la «tribu» o «confederación de tribus». Otros, como Alfonso Caso, Paul Kirchhoff y Friedrich Katz, admiten abiertamente que, en el caso del hueytlatoani y los pipiltin, poseían las tierras como una propiedad privada.

Las fuentes existentes, aunque no siempre son precisas en este punto, parecen apoyar la idea de que la posesión de la tierra estaba en relación directa con el car-

17. FC, libro VI, cap. 20. (Trad. cast. cit., vol. I, pp. 376-377.)  
18. FC, libro VI, cap. 14. (Trad. cast. cit., vol. I, pp. 351, 366-367, 383.)  
19. Durán, *Historia de las Indias*, I, p. 101.

go y el puesto administrativo de los individuos favorecidos: «... el señor (tlatoani) tiene tierras en varios territorios anexionados a su reino, y los macchualin las cultivan para él, y lo veneran como señor, y esas tierras las poseerá el que le suceda como soberano...»<sup>20</sup>

Como en algunos casos el sucesor de un tlatoani no era descendiente directo, el significado del texto parece ser que la tierra se posea y transmita en función del cargo. Por otra parte, es cierto que había familias de pipiltin, algunos de cuyos miembros ocupaban el mismo puesto administrativo durante varias generaciones. De este modo, disfrutaban de una forma de posesión continua de las tierras asignadas. En este contexto, tiene interés un episodio que sucedió en tiempos del soberano mexicana Ahuizotl. Los mexicas habían conquistado el señorío de Chalco, y Ahuizotl había instalado allí un nuevo gobierno local. Este privó a muchos pipiltin locales de sus puestos administrativos. Como consecuencia, se apropió el de las tierras que habían pertenecido a aquellos. Los pipiltin despojados, se quejaron ante el huey tlatoani. La reacción de Ahuizotl fue ambivalente. Dijo a los pipiltin desposeídos: «Tomad vuestras tierras». Y cuando el señor que había nombrado para gobernar en Chalco explicó su punto de vista, Ahuizotl le dijo: «Ya sabes lo que debes hacer. Malalos, cuegíalos... a todos los que quieren ser como los pipiltin...»<sup>21</sup>

En cuanto a las empresas y realizaciones del grupo dominante, en el contexto de la sociedad que gobernaba, Angel Palerm ha argumentado, dentro del marco teórico desarrollado por Karl A. Wittfogel, que «la relación causal entre el apoyo otorgado a [una] sociedad asiática y el despojo de una agricultura de regadío, está bastante clara...».<sup>22</sup> Buscando la existencia de obras de regadío, económicamente significativas en Mesoamérica, Palerm ha catalogado numerosos yacimientos en donde existen evidencias de esta clase de empresas. Sin embargo, en el caso concreto de los mexicas, Palerm reconoce que «la vida económica de los tenochcas bajo sus tres primeros soberanos no indica la existencia de cultivos agrícolas».<sup>23</sup> Esto se debió —según él— entre otras razones, al reducido tamaño de la isla que habitaban los mexicas y a las inundaciones de agua salobre a la que estaba expuesta. En su opinión, la situación cambió tras la victoria sobre Azcapotzalco. Entonces, los soberanos mexicas (con el consejo de Nezahualcoyotl, el sabio señor de Tezcoco) introdujeron importantes obras hidráulicas. Se construyeron diques para separar las aguas dulces de las salobres, y acueductos para conducir el agua potable a la ciudad. Las chinampas, pequeñas islas artificiales, construidas en un proceso de recuperación de tierras, donde se cultivaban diferentes tipos de vegetales y flores, recibían los beneficios del sistema de riego. Aceptando todo esto, se puede pensar todavía en la importancia de las irrigadas chinampas en comparación con la cantidad de recursos (maíz, frijoles, calabazas, le-

20. Sebastián Ramírez de Fuenleal, «Carta al Emperador, de fecha 1 de noviembre de 1532», *Colección de Documentos Inditos*, 42 vols., vol. XIII, Madrid, 1864-1884, p. 254.  
21. *Anales de Cuauhtlan*, fol. 39.  
22. Angel Palerm, «Teorías sobre la evolución en Mesoamérica», en *Las civilizaciones antiguas del Viejo Mundo y de América*, Theo R. Crevenna, ed., Washington, 1955, p. 79.  
23. Palerm, «La base agrícola de la civilización de Mesoamérica», en *Las civilizaciones antiguas*, p. 177.

gumbres y otras variedades de productos agrícolas) obtenidos por Tenochtitlan como tributos procedentes de las múltiples ciudades y reinos conquistados. Es cierto que la construcción de los diques, acueductos y caminos facilitó enormemente la metrópoli azteca. Pero, ¿podemos decir que estos trabajos, una de las realizaciones claves del grupo dominante, justificaban su gobierno despótico sobre el resto de los mexicanos?

Si insistiéramos en encontrar algo que, en términos del modo de producción agrícola, pudiera describirse como una empresa impresionantemente y eficaz, tendríamos que mirar hacia otra parte. Los pipiltin, como hemos visto, habían forjado «su propia imagen» que, sobre todo, confirmaba su misión de mantener la vida de su propia cosmica, del sol y la humanidad. Las ofrendas de sangre (reactualizando el sacrificio primigenio de los dioses cuando recrearon esta era cósmica) ayudaban a restablecer la energía divina, propiciando a los dioses, y obteniendo de ellos el don vital de las aguas. Cumplir este destino, el culto a los dioses, los sacrificios humanos y la lucha en las guerras para obtener cautivos e imponer el gobierno azteca, se convertían en las principales preocupaciones del grupo dominante. En este sentido, la creación y restauración de los templos (especialmente el gran conjunto de edificaciones sagradas en Tenochtitlan) y la organización y efectividad del ejército, sostenido por una compleja ideología, eran las realizaciones más importantes del grupo dominante de los mexicas. Otra serie de logros incluía la urbanización y el mejoramiento de sus ciudades, la organización administrativa, la creación de amplias rutas comerciales, la actividad de los mercados locales, la producción de artículos manufacturados (arte y artesanía), el mantenimiento de un sistema de educación y la difusión del náhuatl como *lingua franca* por toda Mesoamérica.

Como ya se ha afirmado, los macehuallin no sólo eran parte de familias extensas, sino que formaban además las unidades, de gran importancia, conocidas como calpuli. Estos organismos socioeconómicos eran comunes en Mesoamérica. Hemos citado ya alguna evidencia que sostiene la idea de que los miembros de los calpuli estaban vinculados por el parentesco, al menos en sus orígenes. Aunque algunos autores han tendido a considerar a los calpuli como una variedad de gremio o asociación, formada exclusivamente con fines económicos, los indicios más asequibles parecen indicar que en los calpuli mexicas predominaban las tendencias endogámicas. Algunos calpuli se habían establecido como partes integrantes de las ciudades grandes. Este era el caso de Tezcoco, Culhuacan y México-Tenochtitlan. En esta última, había más de cincuenta calpuli a la llegada de los españoles. Como veremos, los miembros de la mayoría de estos calpuli urbanos no cultivaban la tierra. Se dedicaban a otras formas de producción. En ellos, alcanzaron gran importancia grupos de artesanos, artistas y comerciantes. Existían otros calpuli, entre cuyos miembros se encontraban la mayor parte de la población de las ciudades pequeñas y de muchas aldeas dispersas. Algunas de esas ciudades, rodeadas por grupos de aldeas, correspondiente al aparato administrativo) gobernaba estos pequeños estados. Durante la época de mayor expansión de los mexicas muchas de estas entidades, en la Meseta Central y en otras áreas de Veracruz, Guerrero, Oaxaca y Chiapas, estaban sometidas de varias maneras y obligadas al pago de tributos a los soberanos de México-Tenochtitlan. En algunos casos, las noblezas locales habían sido sustituidas

por pipiltin mexicas. En otros, se introducían distintas formas de compromiso. Los teteuctin (oficiales administradores) eran enviados a menudo con el objeto de dirigir la producción local en las ciudades y aldeas. Así, muchos calpulli de las zonas bajo dominio azteca eran «comitadados» a un *teteucti* mexica. Este tipo de unidad socio-económica constituía un *tectailli*. Su organización estaba estructurada para facilitar la exacción de tributos y servicios personales, directamente desde los calpulli más que a través del señorío conquistado.

Esta estructura impuesta no suprimía las características socioeconómicas en el interior de los calpulli. Cada uno tenía sus autoridades locales. Acerca de esto escribe Alonso de Zorita: «Dos principales en cada calpulli convocan al pueblo para organizar el pago del tributo o para obedecer las órdenes del gobernador [teteucti] u otros oficiales ... y ellos [los del calpulli] prefieren que sus «cabezas» (los principales) pertenezcan al mismo grupo ...».<sup>24</sup>

Estos dos *capulleque* (los que se encargaban de los calpulli), además de responderse por la subsistencia de su propia comunidad, tenían que hacer de intermediarios con los teteuctin. Los calpulli, de acuerdo con Zorita y otras fuentes, tenían sus propias instituciones locales: un sacerdote (o sacerdote) a cargo del templo local; un *tahcuilo*, «pintor de libros» o escribano, que guardaba los registros de propiedad de la tierra, tributos y otros hechos relacionados con la historia del grupo. Otras figuras clave en los calpulli eran el tesorero local (*capitxqui*), los jefes de las escuadras del calpulli y el consejo de ancianos.

La tierra era de posesión comunal entre los miembros de los calpulli. No obstante, hay que reconocer que «el verdadero propietario» de los recursos agrícolas, incluyendo la tierra y todo lo que estuviera relacionado con ella, era la unidad política a la que estaba sujeto el correspondiente calpulli. Había otros calpulli que poseían tierras. Con la excepción de los que se describieron como «calpulli urbanos», las gentes que vivían en los que carecían de tierras, tenían que trabajar como mayeque, «criados» o «trabajadores» que cultivaban las tierras de otros (principalmente de los pipiltin próximos).

Los individuos que no eran pipiltin y vivían bajo cualquier circunstancia específica, puede afirmarse que pertenecían a un determinado calpulli. La totalidad de los miembros del calpulli (urbano, semirurbano y rural), formaban el estrato social de los macehuallin. Para la mayor parte de los macehuallin, su forma de vida suponía una economía de autosubsistencia dentro de su calpulli y la total obediencia a sus autoridades internas, al teteuctin y a otros oficiales de la administración, nombrados por el grupo dominante. En resumen tenían que pagar tributos, servir en el ejército y realizar una variedad de distintos servicios personales al estado. Estos incluían los trabajos en la construcción de templos y palacios o en otras obras públicas, o sirviendo como cargadores que transportaban mercancías a lugares lejanos. En los tiempos difíciles, las condiciones de los macehuallin empeoraron en muchos aspectos. Así, por ejemplo, durante las hambrunas tenían que venderse a menudo ellos mismos o a sus hijos, como *tlahacotin*, término que los españoles tradujeron como «esclavos». Sin embargo, en Mesoamérica la esclavitud era muy diferente de la que existía en el Viejo Mundo. En la época de los mexicas, un esclavo era vendido por un tiempo limitado; el propio esclavo o sus parientes podían obtener su res-

cate. Los hijos de los esclavos no se consideraban esclavos. Por otra parte, ser esclavo suponía el riesgo de ser escogido para un sacrificio humano, porque su dueño tenía el derecho de ofrecer a sus esclavos en esos rituales.

Resumiendo: el modo de vida de los macehuallin difería radicalmente del de los pipiltin. Las relaciones de estos últimos con los recursos naturales disponibles, su participación en la producción y en los frutos obtenidos de ésta, su función en la administración pública y sus privilegios contrastan fuertemente con el status del pueblo, los plebeyos, a menudo descritos como los «pobres miserables» macehuallin.

Es difícil el estudio de la economía azteca debido a la escasez de fuentes que permitan permitimos una cuantificación de los elementos y las fuerzas que intervienen en la producción. No existe acuerdo sobre la población total que comprendían en México Central, los territorios de los actuales estados de Hidalgo, Puebla, Tlaxcala, Querétaro, Guanajuato, Michoacán, Colima, Jalisco, Guerrero y Veracruz. Cálculos recientes la hacen oscilar entre los 12 millones y los 25 millones.<sup>25</sup> Tampoco hay acuerdo en cuanto al número de personas que estaban incluidas en cada campo de producción, en las distintas regiones, ciudades, aldeas, etc.

Por otro lado hay al menos una evidencia segura acerca de las principales formas de especialización de las fuerzas de trabajo. Así, sabemos que había una división del trabajo de acuerdo con el sexo. Las labores agrícolas y la mayor parte de la producción artesanal recaían sobre los hombres. Las mujeres tenían asignadas las labores domésticas, que incluían trabajos tan pesados como la elaboración de la masa para las tortillas (tortas de maíz), que requerían muchas horas de trabajo sobre la piedra de moler (el *metate*). Hilar y tejer eran también tareas de la mujer. Así mismo conocemos otros tipos de especialización, por ejemplo, la pesca y la minería, la construcción (albaniles, canteros, carpinteros y pintores) y las manufacturas (alfareros, cesteros y curtidores). Había una amplia gama de artesanos que producían objetos utilitarios como el papel, herramientas de piedra y madera, canoas o artefactos de lujo, principalmente para los nobles y los sacerdotes. Entre los últimos había orfebres, escultores, joyeros de oro, y los célebres tlacuilo o «pintores de libros». Debe recordarse que, en tanto que existían estas especializaciones, la gran mayoría de los macehuallin dedicaba la mayor parte de su tiempo a la tierra.

La información acerca de los recursos naturales en que se basaba la economía de los mexicanos adolece de la misma clase de limitación que la que se refiere a los recursos humanos. Aunque algunas fuentes proporcionan datos cuantitativos, éstos son en general meramente descriptivos. Por ejemplo, en relación a las tierras dedicadas a la agricultura, aunque se hayan dado a veces algunas cifras, resulta más común encontrar descripciones sobre su tipo y usos. *Atochi* era un término usado para describir a la tierra que tenía suficiente agua y era de gran valor para la agricultura, mientras que *cuauhtalli*, «tierras de árboles», indicaba la presencia de residuos vegetales o tierra de mantillo. En las áreas bastante limitadas que se beneficiaban del agua y las materias orgánicas, el cultivo de los productos básicos —maíz, frijol, calabaza y chile— naturalmente fue muy próspero. Había también otras tierras que se destinaron para un uso especializado, como las denominadas *xochimilpan*, dedicadas

25. Véase la «Nota sobre la población nativa de América en visperas de las invasiones euro-  
peas», pp. 120-121.

das al cultivo de flores. De una u otra forma, durante el gobierno de los mexicanos la variedad de territorios incluía tierras cultivables que servían para producir plantas usadas en medicina, y otras para alimentación, o para árboles que proveían la madera necesaria para la construcción. La población animal incluía especies acuáticas en lagos y ríos y otras que se obtenían para alimentarse, bien por medio de la caza o criando especies selectivas, como en el conocido caso del pavo. La ausencia de otros animales domésticos (con la excepción del perro) era, en gran medida, un obstáculo para el desarrollo de una tecnología más eficaz. Como no había ni animales de carga ni otros que pudieran servir para el tiro, el uso de la rueda estaba limitado a algunos juguetes.

En Mesoamérica, los metales conocidos eran: el oro, la plata, el cobre, el zinc y probablemente, en menor grado, el plomo. Otros de los minerales que se utilizaban eran el cinabrio (sulfato de mercurio) y la calcita (carbonato cálcico), así como tintes minerales, piedras semipreciosas y otras clases de piedras.

Los mesoamericanos, a pesar de sus creaciones en el arte y otras como sus cómputos calendáricos, no sobresalieron como productores de herramientas. No obstante, los instrumentos que empleaban eran, en muchos sentidos, razonablemente adecuados. Incluían utensilios hechos de piedra, como martillos, cuchillos, raspadores, morteros, piedras de moler y otros instrumentos de una gran variedad de formas. Otros se hacían en hueso, tales como anzuelos, agujas y herramientas para trabajar el cuero. La madera se utilizaba para hacer martillos, flechas, dardos, mazas y la *coa* (trozo de madera aguzado al fuego en uno de sus extremos), instrumento para cavar, usado en la agricultura. Más tarde, cuando se practicó ya la metalurgia, se producían hachas de cobre, azadas, punzones, cuchillos y diversas armas.

Las técnicas agrícolas eran variadas. Además de los cultivos estacionales en los que a veces se empleaban varios tipos de fertilizantes, las sociedades mesoamericanas hicieron uso de los sistemas de irrigación, de terrazas y, sobre todo, en la región central, se introdujeron las conocidas chinampas, generalmente denominadas «jardines flotantes». Eran estructuras artificiales hechas de juncos, recubiertas de un limo fértil, y ancladas a los lechos de los lagos con postes de madera. Se plantaban saúces en las chinampas para mantenerlas sujetas en su lugar. En el suelo extraordinariamente fértil de las chinampas, los mexicanos cultivaron flores y hortalizas en abundancia.

El estudio de libros indígenas tales como la *Martiricia de Tributos* y el *Códice Mendoza* nos permite apreciar la cantidad de mercancías que los calpuli sometidos (la unidad básica de producción), las ciudades y estados (considerados como unidades económicas más amplias) entregaban a los soberanos de Tenochtitlan. No es sorprendente que los mexicanos, para obtener el pago rápido y preciso, desarrollaran un aparato administrativo bastante complejo.

Otros elementos de capital importancia en la economía del antiguo México fueron los mercados y el comercio desarrollado por los *pochtecas* o comerciantes. Impresionados, algunos conquistadores nos han proporcionado en sus crónicas una descripción del principal mercado de Tlatelolco, la ciudad que fue incorporada a Tenochtitlan. La mayoría de los productos que se ofrecían en el mercado eran tratados a la metrópoli azteca por los comerciantes o como tributos. Al mismo tiempo,



los mexicas exportaban productos manufacturados. Un factor que contribuyó de manera significativa a la expansión del comercio fue la necesidad de satisfacer las crecientes demandas de una nobleza cada vez más enriquecida y una vida religiosa extraordinariamente complicada.

Los pochtecas, que como plebeyos, pertenecían a los calpulli, pronto se dieron cuenta de la importancia de sus funciones. Transformaron su organización en una entidad social, comparable a un gremio. Cada uno tenía su director o jefe (denominados *pochtecatlatoque*, «jefes de los pochtecas»), así como varias categorías de miembros. Entre estos últimos estaban los *otomecas*, que conocían bien las regiones lejanas y hablaban sus lenguas. Existían 66 clases diferentes de mercaderes, que abarcaban el comercio de esclavos, metales preciosos, tabaco, cacao, animales, pa-

pel, trigo y otros productos.<sup>26</sup>

Además de comprar y vender, los mercaderes también realizaban varios tipos de contratos y préstamos para hacer posibles sus negocios. El soberano y los miembros de la nobleza, así como algunos de los mercaderes mejor establecidos (incluidas algunas mujeres) hacían contratos de préstamo con aquellos que viajaban a zonas alejadas. Así, un texto en náhuatl refiere la ocasión en que el rey Ahuitzotl concedió 1.600 mantas de varios tamaños, como préstamo a los comerciantes que iban a la costa del Pacífico. La mención de las pequeñas mantas, llamadas *cuachilli*, se refiere a un tipo especial de símbolo de intercambio, había mantas de varios tamaños, consideradas como una clase de símbolo monetario, en cuanto que favorecían la riqueza y la autoridad de los huey llahuaní aztecas. Se hacían asimismo préstamos en forma de pequeños tubos rellenos de oro, y sacos de cacao de varios tamaños.

La administración de los mercados y el establecimiento de normas de intercambio eran dos importantes funciones de los mercaderes. Por otra parte, el cronista Xilixochitl nos relata que entre los cuatro consejos supremos del gobierno, «el cuarto consejo era el del Tesoro, en el que se reunían todos los administradores del soberano y algunos de los mercaderes más importantes de la ciudad, para discutir sobre las cuestiones económicas y los tributos reales».<sup>27</sup> Actuando como consejeros económicos del gobernante supremo, no es sorprendente que los mercaderes adquirieran numerosos privilegios, que les equiparaban a los miembros de la nobleza. Además de tener sus propios tribunales, recaudaban tributos, comerciaban en nombre del rey, y hacían de espías en las regiones alejadas. Gracias a ellos, el comercio y la economía se expandió vigorosamente y contribuyó al florecimiento de las instituciones religiosas y culturales. A la inversa, el desarrollo religioso y cultural ejerció una influencia considerable en toda la sociedad, incluyendo la economía.

La religión predominante en México-Tenochtitlan en la época de la conquista española era el resultado de un largo proceso de fusión y síntesis. No obstante, estaba lejos de ser un conjunto de elementos heterogéneos, pues los sacerdotes hablaban

26. Se recoge una abundante información sobre el *Pochtecayoit* o comercio en el Libro IX del F.C. Véase también Beníte Bitman y Thelma D. Sullivan, «The Pochteca», en *Mesoamerican communication routes and cultural contacts*, Provo, Utah, 1978.

27. Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *Obras históricas*, 2 vols., vol. I, México, 1891-1892, pp. 211-218.

trabajado mucho para conferirle un orden funcional que incorporase la visión del mundo y los ideales de los mexicanos.

En el universo no había existido sólo una época o edad, sino varios periodos consecutivos. La «fundación de la tierra» había tenido lugar miles de años antes. Habían existido cuatro soles. Durante esas edades o «soles», varios procesos de evolución habían producido formas de seres humanos, plantas y sustancias alimenticias. Las cuatro fuerzas primordiales (tierra, aire, agua y fuego), con una curiosa similitud con el pensamiento clásico, habían regido esas edades, hasta la aparición de la quinta y presente época, la del «Sol de Movimiento».

Posiblemente, a partir de cultos referidos al sol y a la tierra, se desarrolló la creencia en un padre que lo había engendrado todo y una madre universal. Sin perder su unidad, según se ve en el hecho de que los himnos sagrados siempre invocaban en singular dicha deidad, ésta era conocida como *Ometéotl*: «el Dios Dual». Señor y Señora de Nuestra Carne, *Tonacatecuhlli* y *Tonacacihual*, quienes habrían engendrado cuanto existe, en una prodigiosa unión cósmica.

El Dios Dual era además «Madre de los dioses, Padre de los dioses». En la primera manifestación de su propio ser habían nacido sus cuatro hijos: los «Espesjos Huemeantes», el blanco, negro, rojo y azul. Estos dioses constituirán las fuerzas primordiales que ponen al sol en movimiento e introducen la vida en la tierra. Asimismo fueron responsables de las cuatro anteriores destrucciones cíclicas del mundo.

Aunque se tenía anunciado un cataclismo como destino final de esta edad, la quinta, los mexicanos no habían perdido el interés por la vida. Por el contrario, tal como naza los aleñaba de modo notable. Puesto que el sacrificio primordial de los dioses había dado origen y puesto en marcha al sol, sólo a través de los sacrificios humanos se podría proteger a la edad presente. Los mexicanos, «pueblo del sol», recibieron la misión de proporcionar a sus dioses la energía vital, hallada en el precioso líquido que permitía vivir al hombre. El sacrificio y el ceremonial de guerra, con el objeto de obtener víctimas para los sacrificios rituales, eran el centro de las actividades, la esencia misma de su vida personal, social, militar y política.

Existen evidencias de que los sacrificios humanos se realizaban en Mesoamérica antes de los mexicanos, pero aparentemente nunca se habían producido en tales cantidades. Si los pipilines mexicanos creían que su misión era mantener, así, la vida del sol, también se dieron cuenta de que gracias a la guerra obtendrían sus víctimas y extenderían su dominio, satisfaciendo así mismo sus crecientes demandas económicas.

También se describen en las fuentes otras formas de culto dedicadas a los muchos dioses que los mexicanos adoraban. Un lugar muy especial estaba reservado a los ritos y ceremonias en honor de la Diosa Madre, invocada con numerosos títulos, entre los que el más genérico era *Tonantzin*, «Nuestra Reverenciada Madre». La importancia de la *Dea Mater* de los mexicanos (y los mesoamericanos, en general) fue claramente percibida por los misioneros españoles, algunos de los cuales no descartaban la posibilidad de una síntesis entre el concepto precolumbino y las creencias referidas a la Virgen María. Un buen ejemplo es la Virgen de Guadalupe, cuyo santuario fue construido donde estaba antes el de Tonantzin.

Los libros indígenas y las transcripciones de textos hechas en el siglo XVI, de numerosos relatos, himnos y otras composiciones en lenguas indígenas, conservadas

por la tradición oral, son los depositarios de las literaturas mesoamericanas. En ellas encontramos mitos y leyendas, himnos rituales, gran variedad de poemas, discursos, crónicas y relatos históricos, los orígenes de una especie de teatro, doctrinas religiosas y proclamas del gobierno. A través de estos textos, se puede alcanzar una imagen de la vida cotidiana, no sólo de los mexicas sino de otros muchos pueblos. El siguiente himno habla del Dios Dual:

En el lugar del mando, gobernamos,  
es el mandato de mi Señor Principal.  
Espejo que hace aparecer a las cosas.  
Ya van, ya están preparados.

Embrígate, embrígate,  
obra el Dios de la Dualidad,  
el Inventor de los hombres.  
Espejo que hace aparecer las cosas.<sup>21</sup>

En ocasiones, las palabras de los sabios declaran sus creencias, pero con frecuencia, también sus dudas. Reconocen que la vida sobre la tierra es transitoria y que, al final, todo desaparece. El siguiente es un ejemplo de estas formas más personales de composición poética:

En verdad, ¿vamos en la tierra?  
No para siempre en la tierra, sólo por poco tiempo aquí.  
Aunque sea de jade, se romperá.  
Aunque sea de oro, se quebrará.  
Aunque sea de pluma *quetzal*, se hará pedazos.  
No para siempre en la tierra, ido por poco tiempo aquí.<sup>22</sup>

En vísperas de la invasión española, México-Tenochtitlan, la metrópoli azteca, era el centro administrativo de un complejo conglomerado político y socio-económico. Varios autores, al describir la naturaleza política de esta entidad, han empleado términos como imperio, reino o confederación de señorios, e incluso de tribus. La mayoría de los antiguos estados de la Meseta Central (como los de Chalco-Amaquemecca, Cuicahuac, Xochimilco, Coyoahuacan y Culhuacan) y muchos otros en las zonas de Hidalgo, Morelos, Guerrero, Puebla, Veracruz, Oaxaca, Tabasco y Chiapas reconocieron el dominio azteca. Todos estaban sometidos de diferentes maneras a la metrópoli mexicana. No obstante, incluso en los casos en que los mandatos locales continuaban gobernando, reconocían a México-Tenochtitlan como la metrópoli central, desde donde emanaban las órdenes y las exacciones, que incluían el pago de los tributos y diversos servicios personales, como la «protección» de las rutas comerciales. Los dioses tutelares de los señorios dominados compartían la suerte de sus pueblos. En México-Tenochtitlan existía un templo, el *Cateocalli*, o «casa común de los dioses», en donde se guardaban los dioses tutelares de las

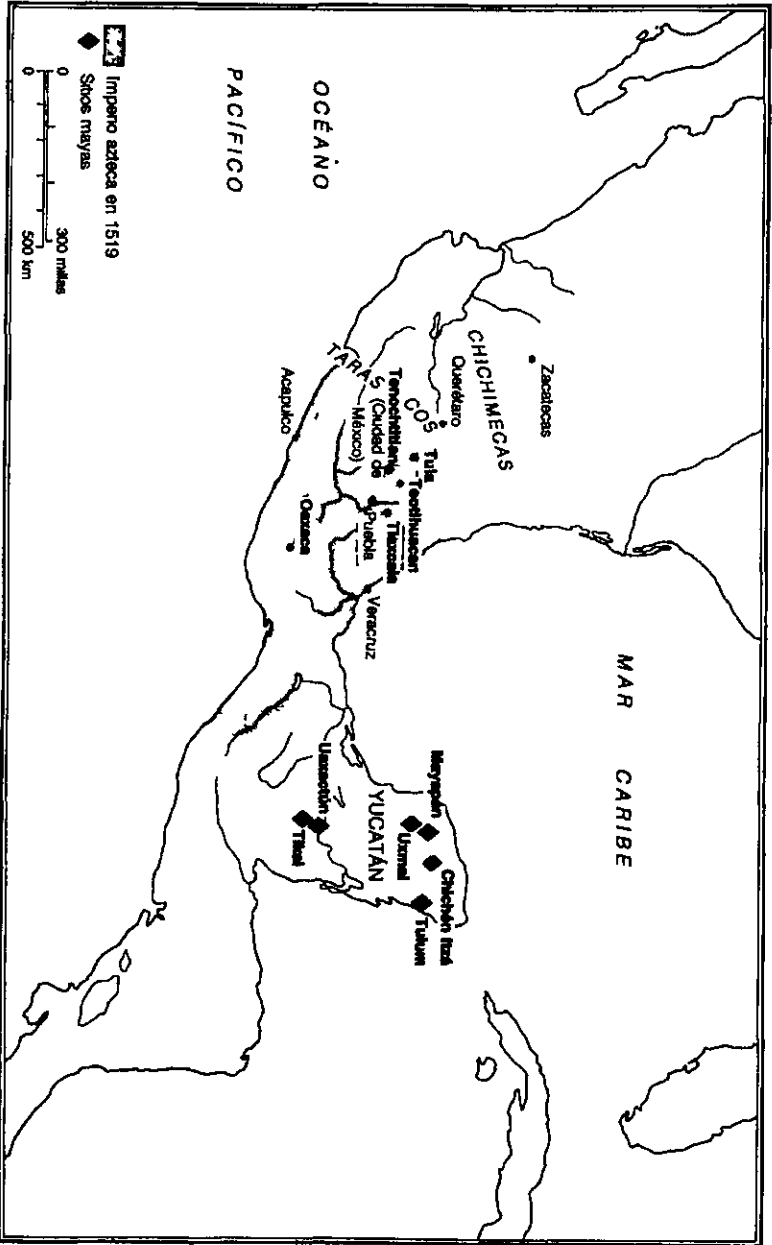
28. *Historia Tolteca-Chichimeca*, Manuscritos Mexicanos 46-58 bis, Bibliothèque National, París, fol. 36.  
29. *Colección de canciones mexicanas*, Manuscritos aztecas conservados en la Biblioteca Nacional de México, fol. 17.

ciudades y provincias sometidas: eran considerados como «cautivos divinos». Sus destinos, *ionalli*, (como en el mito de Huitzilopochtli, quien incorporó a su propio ser los destinos de los Cuatrocientos Guerreros del Sur), preannunciaban el futuro augurado al «pueblo del sol». Por otra parte, el idioma náhuatl se convirtió en la *lingua franca* en una gran extensión de Mesoamérica. Los que hablaban las lenguas otomí, mazahuatl, matlatzincas, tepahuatl, totonaca, zapoteca, mixteca, zapoteca, y otras, como chontal, tzeltal, y tzotzil, tenían que emplear a menudo la lengua de los gobernantes de Tenochtitlan.

Al mismo tiempo, había señores que consiguieron resistir la penetración de los mexicas. Este era el caso de los purépechas o tarascanos de Michoacán y de los tlaxcaltecas de la Meseta Central. Estos últimos, en especial, habían generado un odio profundo hacia los mexicas, con los que se vieron obligados a luchar en las célebres «Guerras Floridas», cuyo objeto era hacer provisión de víctimas para el sacrificio al Sol-Huitzilopochtli. Más allá de los territorios de influencia directa de los mexicas, en las regiones septentrionales y meridionales del actual México, un gran número de pueblos conservaron sus propias y características formas de cultura. En el sudeste, perduraron las gentes de lengua y cultura mayas (en Campeche, Yucatán, Yucatán, Guatemala y Honduras), así como otras de lengua náhuatl (en El Salvador y Nicaragua). En el noroeste, fuera de los límites de Mesoamérica, se habla esteblecido un buen número de pueblos que hablaban otras lenguas utoaztecas, entre ellos, los coras, huicholes, tepehuanos, mayos, yaquis, tarahumaras, pimas y opapas. La mayoría de estos grupos vivían en aldeas, como agricultores sedentarios. Sus modelos culturales pueden compararse con los de los habitantes de Mesoamérica central, durante el período del Preclásico Medio.

Grupos mucho menos evolucionados vivían en las zonas contiguas al norte de la Meseta Central y al noroeste de Mesoamérica. Los mexicas conocían genéricamente a todos los habitantes de estas regiones como los teochichimecas, es decir, los auténticos chichimecas, los «pueblos errantes del arco y la flecha». Se ha apuntado a menudo que los teochichimecas no tenían ni poblados, ni casas, ni campos cultivados. En realidad, eran temibles *popolocas*, designación que encerraba un significado parecido al de «bárbaros». En el pasado lejano (durante el período tolteca y posiblemente también en el período Clásico), los mesoamericanos habían extendido su influencia más allá de los territorios que habitan pasados a ser posesión de los teochichimecas. En los tiempos de México-Tenochtitlan no se registra ningún intento de expansión hacia el norte. Quedó para los españoles (auxiliados por tlaxcaltecas y mexicas) conquistar y ocupar la inmensa extensión de los territorios que se encuentran más allá de Mesoamérica.

Así, un mosaico de pueblos, con culturas y lenguas distintas, poseían la tierra donde Hernán Cortés y sus 600 hombres iban a desembarcar más tarde. El conquistador conocería pronto la existencia de los mexicas. Le habrían llegado referencias a través de los mayas de Yucatán, los chontales de Tabasco y los totonacas de Veracruz. A través de estos últimos, y especialmente luego por medio de los tlaxcaltecas, Cortés se informó del poder y la riqueza de la metrópoli azteca y de sus gobernantes, concretamente Moctezuma II. En sus escritos (y en los de otros «soldados-cronistas») pueden encontrarse numerosas referencias a los aspectos más evidentes de las estructuras políticas, religiosas y socioeconómicas que sostenían la grandeza de los mexicas. Aunque a veces superficiales o erróneos, los comentarios



Mesoamérica antes de 1519

de los conquistadores españoles coinciden en varios puntos con lo que nos revelan fuentes indígenas y las recientes investigaciones arqueológicas. Los españoles verdaderamente comprendieron que, en medio de este mosaico de pueblos, culturas y lenguas, los mexicas destacaban como los creadores y gobernantes de una compleja entidad política, con tantos contrastes dentro como fuera de su gran territorio. Por una parte, se encontraban con los ricos y poderosos pipiltin, a cuyo servicio estaban los macehuatlín; por otra, existían diferencias radicales entre los datoque mexicas que gobernaban en muchas ciudades y provincias sometidas a Tenochtitlan y los obedientes y desposeídos pipiltin y macehuatlín de los pueblos bajo la dominación azteca. Cortés comprendió pronto la situación. Al lado de la magnífica metrópoli azteca (que visitó como invitado en 1519) estaban las realidades impuestas por el imperio mexica. Conoció el odio profundo que los totonacas, tlaxcaltecas y muchos otros grupos y tribus profesaban a los mexicas. Se aprovechó de esto y, sin reparar del todo en ello, jugó un papel clave en el último capítulo de la historia de la Mesamérica autónoma. Los enemigos de Tenochtitlan creían que los españoles iban a favorecer. Con esta creencia lograron vencer a los mexicas, ignorando por un momento que sus aliados exteriores eran los únicos que se beneficiarían de tal victoria. El nuevo orden español —político, religioso, socioeconómico— implantado, inexorablemente habría de afectar por igual a mexicas, tlaxcaltecas y al resto de los pueblos mesoamericanos.